

Jerónimo Lagos Lisboa

MISAS LUGAREÑAS

*Aquellos Domingos...!
Las mañanas eran campesinas frescas,
floreados vestidos —percalas, satín—;
enaguas crujientes de almidón... Bastaban
agua clara y polvos para ser bonita;
para olvidar penas, simple toronjil.*

*El viento era entonces
el pilluelo alegre de las madrugadas.
Lavado de cara, rubio, saltarín,
trepaba a los olmos, bajaba a la acera,
ceñía las faldas de las niñas y
barría las hojas...
Cuando ellas pasaban a misa
era el viento así!*

*(Yo... fiel camarada de árboles y esteros.
Mi caballo bayo, mi perro zahorí.
¿Me quieres? ¿Me quieres?
Colegialas lindas me decían «sí»).*

*Domingos... Domingos...
Repicaba alígera la tercera seña.
Frente a mi ventana, el desfile:
Don Faustino Véliz con sus dos sobrinas
y su leva gris.
La Atanasia Muro, Doralisa Rivas
Coche Cruz, Florín.*

*Velada por amplio manto la abuelita...
y a su lado, grácil,
ella.*

*Su silueta
fina, recortando su fino perfil.
¡Vestidito blanco con cintas azules!
¡aroma sutil!*

*Ella se perdía
y el viento escanciaba su espíritu en mí!*

*¡Vamos, hijo, vamos!
—prendiéndose el manto, mi madre—
¡Tráiganme «hojarascas», gritaba mi hermana,
viéndonos salir.*

*Pastén encendía los últimos cirios
del altar. Entrábamos...
Dios ya estaba allí.*

*Junto al reclinatorio de mi madre
mi alma como un ciego
iba palpando el templo.*

*Desde el altar al coro
el cielo
de la nave central, constelaba
sus estrellas de plata y de oro.*

*¡Ah! y lo maravilloso:
El sol llegaba
con nosotros a misa!
Endomingado y bello, como un príncipe
que al descubrirse enciende una sonrisa,
desde los ventanales
nos hacía un saludo con el brillo
de todos los colores:
verde y azul, rosado y amarillo!*

A su vivo contacto,
bajábamos la frente.
San Francisco Javier, atento al acto,
nos miraba
desde su altar en sombras, fieramente.
¡Claro! Le resultaba
eso, una reverencia... irreverente.

Entretanto, esperábamos
—Nelly impaciente, pensativo el Toño—
que Sarita García
se sentara al armonio.

Nunca supimos bien como lo hacía,
pero con ciertas notas milagrosas
nos iba desnudando y nos subía
hasta el ábside azul...

—Pensad en rosas
que se deshojan con visible pena
e invisible alegría.—

Nido
—tal como a un árbol fraternal—prendido
a una columna, el púlpito.

(Cuando miro cruzar plumillas blancas
por el espacio de mi corazón,
recuerdo aquellas puras
palabras francas,
aves
que volaban del templo por las naves
en la humildosa voz del viejo Cura.)

Como la misa amaba yo la iglesia,
y, oh dicha, cuando en ella divisaba a mi amor!
Entonces como un vidrio
me traspasaba el sol,

y en la mitad del pecho me nacía
un iris ¡lluvia y sol!
un iris que me unía
—¡rojo y azul, rosado y amarillo!—
como un puente a mi amor!

... Aún quedan de ese brillo
quemaduras de sol.

De aquellas puras misas de mi pueblo
las gentes se iban con un resplandor
de alegría. Alegría
que fluía de Dios.